

ALGUNOS CAMBIOS FONÉTICOS EN CURSO EN EL ESPAÑOL HABLADO DE HOY

ANA FLORES RAMÍREZ
Universidad Complutense

Como profesor de Historia de la Lengua he de reconocer que he dedicado gran parte de mi tiempo al estudio de los cambios lingüísticos que sucedieron en épocas pasadas, configurando nuestra lengua actual, pero sólo últimamente me he sentido verdaderamente interesada por aquellos cambios que se están realizando en este momento, cambios en curso que se desarrollan ante nuestras narices, o mejor ante nuestros oídos.

Pienso, como ejemplo, en la cantidad de veces que les hemos explicado a nuestros alumnos el proceso que hizo nacer las consonantes palatales en el latín vulgar, así como su doble motivación: *Funcional*, puesto que existía esa casilla vacía en el sistema fonológico del latín clásico, lo que permitía que algunos fonemas tuvieran un amplio margen de dispersión; *extrafuncional*, por la carga expresiva adicional que conlleva la utilización de un sonido poco usado. Siempre me he preguntado si las palatales se hicieron especialmente expresivas por su poco uso anterior o por aparecer frecuentemente en diminutivos, y en los sufijos de palabras derivadas característicos de las creaciones léxicas propias del latín vulgar (derivados en *-uculus* e *-iculus*, frente a la palabra simple clásica: *auricula*, *apicula*, *ovicula*; *-ellu*, frente al clásico *-olu...*).

Un problema muy semejante nos plantea el especial aprecio que el habla juvenil manifiesta hoy por palabras que comienzan con /ʃ/:

chulo, chuli, chupi, chachi, chungo, chafao, comprar chuches, no dar chapa...

De hecho hay muy pocas palabras patrimoniales, casi todas onomatopéyicas, que empiecen con esa consonante, ya que el grupo latino *ct* del que fundamentalmente procede, no aparece nunca en posición inicial. Exceptuando alguna evolución anómala de la velar sorda inicial (*chico*, *chinche*, *chacina*) por posible influencia mozárabe, la mayoría de las palabras con /ʃ/ inicial son préstamos de otras lenguas, especialmente de las amerindias, y muchas de ellas de uso restringido a Hispanoamérica¹.

¹ Véase *D.R.A.E.*, 20.^a ed., págs. 421-37, 1984.

Pero es éste un punto que merecería un estudio detallado cuyo lugar no es éste. Sólo quería señalar que está en curso una nueva serie de palatizaciones que merecen de nuestra parte la misma atención que dedicamos a las del latín vulgar.

Y mucho más si tenemos en cuenta que la lengua es, efectivamente un sistema (no estaría bien que a estas alturas dudáramos de eso), pero no un sistema estático, como creía Saussure, en cuya consideración no pueden tenerse en cuenta los cambios, sino un sistema en equilibrio inestable constituido por diferentes cambios en curso. Eugenio Coseriu² señaló en su momento una serie de características del cambio lingüístico que es necesario tener en cuenta:

La lengua cambia porque es lengua; no hay por tanto que buscar las causas de los cambios lingüísticos, sino las *motivaciones* de esos cambios y las *condiciones* en las que ocurren. En cuanto al primer punto, Coseriu afirma que sólo la *adopción* de un cambio por la comunidad es realmente el cambio lingüístico; y que esa adopción está motivada por razones sistemáticas, algún punto débil en el sistema, o extrasistemáticas, como la norma de prestigio o las necesidades expresivas sin cubrir. La comunidad adoptaría los cambios que le son útiles para sus necesidades comunicativas, puesto que la lengua sólo existe como técnica y modalidad del hablar³.

El cambio lingüístico dejó entonces de ser considerado una evolución cuasi ciega, causada por fuerzas cuasi naturales para convertirse en la *adopción* y posterior *extensión* de una *innovación* individual, que inicia el cambio lingüístico, pero no es el cambio lingüístico, y en la cual la sociedad encuentra un vehículo idóneo para sus finalidades expresivas⁴.

A su vez, las modalidades del hablar estarían condicionadas, según el sociolingüista William Labov⁵ (para quien el término sociolingüística es tautológico, puesto que es imposible concebir la lengua de alguna manera que no sea social), por todo tipo de variantes sociales que convierten a la lengua en un sistema de sistemas, en el que se producen evidentemente *variables funcionales*, pero también *variables sociales*, y, lo que a mi entender es más importante, *variables estilísticas*, que nacen de la capacidad del individuo de utilizar distintos registros en distintas circunstancias. El prestigio social, la especial expresividad de una forma, o su identificación como marca de un grupo determinado, pueden hacer que se extienda una innovación fuera del ámbito en el que fue creada y con distinta finalidad.

² EUGENIO COSERIU, «Las condiciones generales del cambio. Determinaciones sistemáticas y extrasistemáticas. Estabilidad e inestabilidad de las tradiciones lingüísticas». Recogido en *Sincronía, diacronía e historia*, Madrid, 1978, Ed. Gredos, págs. 111-41.

³ El profesor Helmut Lüdtke me hizo notar, al final de esta comunicación, que existen cambios inmotivados, como ocurre (esas fueron sus palabras) en la economía, cuando se desatan fuerzas que luego no se pueden controlar, por ejemplo las causantes de la inflación. Después de meditar sobre ello, me inclino a pensar que con referencia al cambio lingüístico eso es cierto en lo referente a la *innovación*, pero que el momento de la *adopción*, que es lo que Coseriu considera verdadero cambio lingüístico, es motivado por una necesidad, funcional o extrafuncional, aunque a veces el hablante individual que lo adopta no sea, como individuo, consciente de ella.

⁴ EUGENIO COSERIU, *op. cit.*, pág. 140.

⁵ WILLIAM LABOV, *Modelos sociolingüísticos*, Madrid, Ed. Cátedra, 1983.

Hay que añadir, además, que sólo en los cambios lingüísticos en curso podemos detectar con seguridad sus motivaciones y analizar con exactitud las condiciones en las que se producen.

A la luz de estas ideas introductorias quiero analizar brevemente dos fenómenos fonéticos, actualmente en curso:

- Las variables estilísticas en el habla de los adolescentes.
- La importancia cada vez mayor de la imagen acústica, muchas veces sumamente desdibujada, sobre la imagen gráfica, en una sociedad como la actual en la que la mayor parte de la información que recibimos nos llega a través de los medios audiovisuales.

Para el primer problema he utilizado como informantes a diez adolescentes entre los catorce y dieciséis años, alguno de diecisiete y ninguno con dieciocho años cumplidos, en dos situaciones comunicativas diferentes:

- Hablando entre ellos, situación que se puede denominar *intra-grupo*.
- Dirigiéndose a adultos, que además en la mayoría de los casos eran sus padres (situación *extra-grupo*).

Los chicos pertenecen todos a una misma clase social, media económicamente y culturalmente alta. Al menos uno de los padres y con frecuencia los dos, tienen titulaciones universitarias, y varios de ellos están dedicados a la enseñanza. Durante varios meses se han sabido observados pero no estudiados. No he recogido sus conversaciones en cinta, prefiriendo conservar la espontaneidad, aun a costa de cierta subjetividad en la interpretación de los datos. También les he hecho a veces preguntas concretas para conocer su conciencia lingüística, pero estas preguntas no les han extrañado excesivamente puesto que todos conocen mi profesión y mi especialidad, lo cual les ha hecho, espero, contestarme con sinceridad.

Las conclusiones de este estudio han sido sumamente curiosas, pues aparecen claramente en él los contornos de dos variables estilísticas según la comunicación se realice en la situación que he denominado *intra-grupo* o en la situación de *extra-grupo*:

Cuando los adolescentes hablan entre ellos no solamente aplican los normales conocimientos de sintaxis que reciben en el bachillerato (uso correcto del subjuntivo, conjunciones compuestas...), sino que son capaces de mayor rigor argumental que muchos adultos. He oído a un chico de quince años utilizar varias veces *no obstante* (marcando ligeramente la *b* en su pronunciación) y al interrogarle sobre este uso me contestó lacónicamente que le gustaba más que *sin embargo*.

Hacen uso, además, de una articulación cuidada que para un oído adulto puede resultar ligeramente afectada; incluso claramente marcada por hiper-caracterización fonética, como la excesiva sibilación de la /s/, especialmente cuando abre sílaba, característica que se da con más frecuencia en el habla femenina. No he recogido, en cambio, la articulación excesivamente abierta, pero abocinada, que suele considerarse casi un estereotipo entre los miembros de esta edad, e incluso mayores, de las clases más altas.

En suma, el habla de los adolescentes entre ellos, contradice la idea extendida entre los adultos: hablan como animalitos, más que hablar gruñen.

Idea, por otra parte plenamente justificada si se tiene en cuenta el muy distinto registro que estos mismos adolescentes utilizan para dirigirse a los adultos, especialmente a los padres. (La comunicación con los profesores presenta, en mi opinión, otro registro diferente, fuertemente marcado éste por las reacciones afectivas, positivas o negativas, que el profesor genera en cada caso. Pero de esto no tengo conocimiento directo, ya que mis alumnos son de mayor edad, sino sólo a través del relato de los chicos.)

Cuando los adolescentes se dirigen a sus padres lo hacen con un registro especialmente caracterizado por el descuido: Descuidada es la articulación en fórmulas casi fijas, como la contestación

[fefetamete], perfectamente

como respuesta a la también casi fórmula fija con que muchos padres terminan sus parlamentos, especialmente cuando son imperativos: ¿Está claro? ¿Entendido?

Extendidísima también está la pronunciación:

[moi], me voy

como única forma de decir adiós, igual que la pérdida generalizada de la *i* postónica en las formas de superlativo sintético:

buenis(i)mo, chulis(i)mo, rollis(i)mo...

Las interjecciones suponen a menudo la parte más abundante del discurso, especialmente cuando se trata de demostrar actitud positiva o negativa frente a algo. Son en la mayoría onomatopeyas aprendidas en los comics, y generalizadas después como marca de grupo:

guay, uau, puaf, psa, ploff, iiiiii (especialmente en chicas), fffffff...

La sintaxis prácticamente desaparece, utilizándose monosílabos, infinitivos, palabras inglesas deformadas...:

Aum, aum, comer, comer;
Pasta, pliss

Para las preguntas cotidianas, hay respuestas estereotipadas que reducen casi hasta el mínimo el vocabulario utilizado en ellas:

¿A dónde vas? Porai.
¿Qué tal te ha ido? Psa.
¿Qué tal el examen? Chungo total.
¿Con quién vas? Con gente.
¿Cómo lo has pasado? Tope guay.

Dejando a un lado la reserva característica del adolescente y su resistencia a ofrecer información y ciñéndonos tan sólo a los rasgos lingüísticos, es evidente que el descuido, tanto fonético como sintáctico, es una elección voluntaria, puesto que conocen y utilizan otros registros. No es cierto que los adolescentes empleen la lengua cada vez peor, como afirman a menudo padres y a veces profesores. Haciendo uso de su libertad como hablantes, eligen entre las posibilidades de su competencia lingüística el registro que más les conviene, dependiendo de su interlocutor y de la situación en que se encuentren. Lo interesante será determinar las motivaciones que tienen para ello.

Señala Coseriu⁶ que una de las condiciones para que se produzca el cambio lingüístico es la falta de una sola norma de prestigio. Cuando hay pluralidad de normas es fácil que se produzcan *innovaciones*, y que éstas sean *adoptadas* como marcadores de grupo durante un tiempo determinado aunque no necesariamente *seleccionadas* por toda la comunidad.

Ahora bien, la presencia de una norma rígida de prestigio es, en ocasiones, también motivo de cambio, por cuanto genera la creación de una antinorma, especialmente en aquellos grupos más necesitados de autoafirmación como es el caso de los adolescentes.

Si a eso añadimos que un padre culto, quizá por el deseo de evitar la degradación del lenguaje (que se da, evidentemente, pero no con especial intensidad en el entorno que estamos estudiando), es hoy el más feroz de los preceptistas, entenderemos mejor que los adolescentes utilicen un lenguaje descuidado cuando se dirigen a ellos como forma de manifestar su deseo de independencia y como marca lingüística formal de su propio grupo. Esto es precisamente lo que no se debe olvidar, que ese lenguaje descuidado es un *marcador* de grupo, puesto que lo hacen voluntariamente, y no un *indicador* como piensan sus padres. Recordemos que Labov⁷ define indicador como un rasgo lingüístico inserto en una matriz social, mientras que los marcadores establecen una estratificación estilística y su utilización es decidida por el hablante según la situación en que se encuentre.

Padres hay que llegan a no utilizar en la conversación con sus hijos lo que Hudson⁸, citando a Paul Grice, llama el *principio de cooperación* (cooperative principle), por el cual como oyentes hacemos un esfuerzo para entender lo que los demás nos dicen, en el deseo de ayudarlos a mantener su buena imagen personal. En vez de esto, que se considera una de las bases del lenguaje como interacción social, muchos padres les preguntan continuamente a sus hijos el significado de sus palabras propias, que de sobra conocen, remitiéndoles al diccionario si los jóvenes las utilizan con un significado peculiar, y no les consienten pronunciaciones o expresiones que aceptan en otros interlocutores, y en los mismos medios de comunicación. Incluso he podido observar en algún caso que padres profesores aplican distinta norma lingüística a sus alumnos y a sus propios hijos.

En conclusión, el pretendido descuido lingüístico de los adolescentes no es, en mi opinión, más que un registro voluntario de su hablar, con el que se

⁶ EUGENIO COSERIU, *op. cit.*, pág. 158.

⁷ *Op. cit.*, pág. 387.

⁸ R. A. HUDSON, *La sociolingüística*, Madrid, Ed. Anagrama, pág. 123 y sigs., 1981.